

—¿Cuándo?

—Dentro de algunos días... No lo sé á punto fijo.

—¿Con Piriac?

—Quizás.

—¿Te veré antes?

—Sí, sí.

La joven le presentó la frente.

—Abracémonos—dijo con voz emocionada.

—Me marchó de tu lado y abandono esta casa con un sentimiento que no puedo expresarte.

El la besó en la frente, y entonces la muchacha, cogiendo el lío de ropa, se dirigió hacia la puerta.

Piriac hizo un movimiento para seguirla; pero ella le detuvo, diciéndole con energía:

—No, no lo necesito... pesa muy poco, casi nada... Tenéis mucho que hablar; os molestaría... ¡Adiós!

Y se fué.

Desde el dintel de la puerta, Piriac la vió dirigirse por el camino hacia el bosque, con su paso ligero, vestida con su sencilla, pero bien cortada falda negra, y no la perdió de vista hasta que se internó en la espesura; pero no sin antes haberse vuelto para dar el último adiós á aquella casita; él la dirigió un saludo con la mano, que emocionó á la joven é hizo que emprendiera el camino mucho más de prisa, como si huiera ante un enemigo.

Piriac dijo á su compañero:

—¿Y la dejas irse así, completamente sola?

Jaime contestó con amargura:

—¿Puesto que es preciso que nos separemos, qué más da que sea un poco antes ó un poco después? ¡Amigo, la miseria!...

—Y nosotros—preguntó Piriac,—¿cuándo nos marchamos?

—Ya hablaremos.

—Hete, pues, gracias á ella, dueño de una suma respetable, suficiente para pagar el viaje y para poder esperar mientras encuentras alguna cosa para poder ocuparte y ganar la vida... ¡Vente, pues!

Jaime Fugeret eludió la respuesta.

—Aún no... Ya te lo he dicho... Vete antes que yo... Ya te encontraré... Me escribirás.

—Sea.

—¿Vuelves á casa de tu padre?

—Sí, ahora mismo. Acompáñame un poco.

—Con mucho gusto.

Los dos amigos se separaron media legua más allá y Jaime Fugeret, mirando á los Essarts de una manera sombría, fijando los ojos en el cielo que empezaba á tomar tintes rojizos por la puesta del sol, dijo:

—Brígida estará á su lado... No se separará jamás de ella... Mi prima me ama... Por ella lo sabré todo.

VII

¡Enamorados!

Tres semanas después todo en la Forge había entrado en orden.

Hasta se vivía en la alegría.

Después de algunos días de fiebre y de sufrimientos, Magdalena parecía haber vuelto á ser lo que había sido antes del accidente.

Ya se sabe con cuanta facilidad se cicatrizan

y curan las heridas de la cabeza, si no son mortales.

Solo quedaba en la frente de la joven una señal casi invisible que ocultarian los hermosos bucles de su sedoso cabello.

El castillo estaba lleno de amigos.

En primer término se hallaba el futuro de Magdalena, Roberto de Bures, radiante, encantado, dichoso, contento con la vida, feliz por poder respirar el mismo aire que su prometida y llenando con su discreta alegría la inmensa y solemne morada.

También se hallaba allí la mejor amiga de Magdalena, la señorita Hortensia Duprat, la opulenta heredera de un banquero ya difunto, y su tía, una solterona alta, seca y pálida, que la servía siempre de compañera, enraciada en las antiguas costumbres, única parienta que la quedaba.

Hortensia Duprat, una compañera de pensión de Magdalena en el Sagrado Corazón, que habían abandonado al mismo tiempo, hacía dos años.

Era gruesa y rubia, con una blancura de marfil, con un rostro pequeño y redondo bastante regular, con muy vivarachos ojos de un color verde claro, que por momentos tomaban la dureza del acero.

Pero cosa rara.

Por lo general tenían una expresión de ternura y de dulzura, y sobre todo cuando se fijaban en los de su amiga.

En el colegio no pasaba por ser la bondad personificada, pero se había encariñado de tal modo con la señorita de Arvil, que esta no sabía cómo pagarla el cariño que la profesaba

su amiga, la reina Hortensia—este era el mote que en el colegio tenía la señorita Duprat; —y que no se había enfriado ni un momento después de la salida del colegio.

La tía y la sobrina eran de miel para las señoras de Arvil, á las que llenaban de agasajos y que no sabían cómo alabar, ni cómo demostrarlas el cariño que al parecer por ellas tenían.

Con exteriores muy corteses, tanto la una como la otra, de gran tacto, sabían ocultar sus instintos y sus ideas bajo los modales más correctos.

Los que hubiesen visto alguna vez á la señorita Hortensia á solas en su casa, sin tener que fingir, la habrían encontrado completamente diferente de cómo se presentaba en sociedad.

Detrás de aquella altiva frente había un secreto, debajo de aquellos espesos y sedosos cabellos de un amarillo muy pálido, se ocultaba una decepción, quizás los celos, una de esas pasiones que amargan el alma con más amargura que la misma hiel.

—¿Pero cual era el secreto?

—Nadie seguramente podía ni sospecharlo siquiera.

La señorita Hortensia podía vanagloriarse de ser una joven muy fina y muy disimulada, sabía callar y ocultar lo que la convenía.

Y, sin embargo, había un hecho innegable.

Las dos amigas, que algunos meses antes se contaban todas sus impresiones, sus alegrías y sus penas, guardaban cada una por su parte un rincón oculto y cerrado en sus corazones con un cuidado exquisito.

Magdalena, aunque la había costado hacer esfuerzos sobrehumanos, no se había hecho traición después de aquel grito de dolor que exhaló en presencia del doctor Cambry.

El buen hombre, muy extrañado por aquel principio de las confidencias de la joven, había querido saber más; pero todo cuanto hizo resultó inútil.

La llegada de su futuro á la Forge obligaba á la joven á redoblar su prudencia.

Tenía, sin embargo, que hacer grandes esfuerzos para luchar contra su naturaleza, que era muy franca y sincera.

Más de una vez había estado á punto de contárselo todo á Roberto de Bures, pues odiaba con todas sus fuerzas la mentira y la perfidia.

Las crisis de tristeza y de disgusto que experimentaba en sus horas de soledad, dejaban impresa en su rostro una expresión de cansancio, de anonadamiento, fácil de conocer.

Roberto de Bures estaba dotado de una inteligencia demasiado viva para no extrañarse del brusco cambio que se había operado en Magdalena, á la que tanto amaba.

Aquel cambio tampoco se había escapado á los ojos penetrantes de su amiga.

Con un deseo cien veces mayor que el del futuro de la señorita de Arvil, hubiera deseado conocer las causas.

Pero la ocasión no se presentaba propicia ni para el uno ni para la otra.

En los primeros días de octubre, una hermosa tarde, próximamente sobre las cinco, en el momento en que vestido con el traje de caza, con polainas y con un sombrero ancho

sobre la cabeza, con el fusil á la espalda y con el perro pisándole los talones, el joven entraba en el salón donde se encontraban las señoras de Arvil, la reina Hortensia y su tía, la vieja y espiritual señorita Eulalia Duprat, la condesa le preguntó:

—¿Habéis hecho buena cacería Roberto?

—Regular.

—¿Cuántas piezas?

—¡Tres, señora, una liebre y dos perdices! ¡Creo que para una hora que he estado de paseo no puedo tener queja.

No hay que creer que se encuentra en ninguna parte, aunque sea en Bretaña, cazaderos que se parezcan á los corrales de las cercanías de París, poblados de conejos y faisanes por los señores de la alta banca, que son los que representan la feudalidad moderna.

Una liebre y dos perdices cogidos en una excursión de sesenta minutos, á fines de setiembre ó principios de octubre, en medio de los campos labrados, dan aun cierta idea del mérito de un cazador y de su perro, sin tener en cuenta los lugares por donde se dirigen el uno detrás del otro.

El joven vizconde expuso á las miradas de las dos señoras el producto de su caza y se disponía á llevarlo á la cocina y á volver á llevar al perro á su domicilio particular, cuando la condesa le dijo:

—¿Dónde tengo yo la cabeza?—Se me olvidaba... Han traído un telegrama para vos amigo mio.

—¿Si estará mi madre peor?—exclamó.—Con una salud tan débil como la suya, no hay medio de vivir tranquilo.

Rasgó el papel con impaciencia y dijo respirando:

—Gracias á Dios, me he equivocado. Es sencillamente de mi tío.

—¿Del coronel?—preguntó distraidamente Magdalena.

—Demasiado sabeis, querida mía, que no tengo otro.

—Claro.

—Hace algún tiempo que estais muy distraida.

La joven trató de sonreirse.

—Puesto que vos lo decís, lo creo.

Y sin dejar tiempo para que Roberto hablara, prosiguió.

—¿Qué os dice?

El vizconde hizo chasquear la lengua con descontento y entregándola el despacho, dijo:

—Leedle vos misma.

«¡Basta de amoríos! Te necesito. Nuestros amigos te esperan. Dentro de dos dias gran caería. ¡No admito excusa! ¡A tu sitio, pues!

BRANCURT »

—Qué rareza!—dijo la señorita Hortensia.

—Mejor dicho qué lacónico y qué expresivo—añadió el sobrino.—¡Ah! nos va á hacer andar muy derechos, mi querida Magdalena. ¡Es tan gruñón!

—Pero como es tan bueno como gruñón, no habrá motivos para que se nos tenga lástima—dijo la joven esforzándose por sonreír.

—¡Y que no hay medio de desobedecerle!—suspiró el enamorado.

Con sus labios rozó los cabellos de Magdalena y añadió:

—¡Ah! si me amáseis tanto como yo os amo, no me marcharía solo. Haría ya mucho tiempo que habríamos pronunciado...

—¿El qué?

—La palabra mágica... en presencia del alcalde... y delante del abate Aselin...

En aquel momento hubiera podido notarse en el rostro marmóreo de la señorita Hortensia Duprat una imperceptible expresión de despecho.

¡Pero tan rápida!

Roberto cortó la frase.

—A propósito—preguntó.—¿Qué es de aquel muchacho tan tímido como una colegiala, ya sabeis, el protegido del abate Aselin y vuestro... de Jaime...?

—Fugeret, acabó de decir la condesa.

—Sí, ese joven aldeano al que costeabais la carrera en Rennes, y que con una facilidad asombrosa se ponía más colorado que un tomate?

—Ha vuelto la casaca—dijo la señora de Arvil.

—¡Bah!

—Quiere rodar por el mundo...

—¡Corcholis!

—¡Ser rico!...

—Ya veo que no es tan tonto.

—No quiere renunciar á Satán, á sus pompas y á sus obras.

—¡Bien, bien; hay muchísimos que hacen lo propio!

—¿Le disculpais?

—¡Oh! yo soy la indulgencia en persona.

El vizconde se reía.

Pero de repente exclamó precipitándose hacia la señorita de Arvil.

—¡Ah, Dios mío! Magdalena que se pone mala.

Estaba pálida.

Hubiérase creído que se iba á desmayar.

El vizconde, Hortensia y su tía la rodearon.

Su madre, arrodillada delante de ella, la decía:

—¡Lo ves!... No estás aún restablecida... necesitas mucho reposo...

La joven contestó, volviendo en sí:

—No, no es nada... Un desvanecimiento... ya se ha pasado.

—¡Cuánto habéis debido sufrir, querida mía!

—dijo la señorita Eulalia Duprat á la condesa.

—¡Oh! sí, y no creais que no tengo inquietudes para el porvenir. ¡Después de una caída semejante!...

Magdalena trató de hacer olvidar aquella pasajera emoción.

Miró sonriéndose á su amigo.

—Id á depositar vuestras armas y bagajes, y volved—le dijo.—Daremos los dos una vueltecita por el parque antes de comer... Necesito respirar...

La joven se llevó una mano al pecho.

—No sé qué es lo que me ha pasado aquí... Una cosa así como si me hubieran dado un martillazo.

Aquella corta escena había terminado.

Más tarde el conde debía recordarla hasta en sus menores detalles.

Estrechó las manos de su prometida entre

las suyas, y cogiendo su escopeta, salió seguido del perro, que había permanecido inmóvil, mirando á su amo y á su futura dueña con unos ojos tan inteligentes y tan dulces, que parecía comprenderlo todo.

Magdalena se sentó al piano y tocó con gran suavidad de expresión algunas páginas melancólicas de las obras que más le halagaban desde el día de su caída.

Después se levantó, y fué á sentarse á la azotea, viendo la perspectiva del parque, que iba alejándose hasta una inmensa superficie de agua que relucía á algunos cientos de metros de allí.

La condesa, ya tranquila, la había dejado sola, alejándose con la anciana señorita Duprat, mientras que la reina Hortensia se iba por otro lado, preguntándose, como en las comedias:

—¡Qué misterio será éste!

Esperaba descubrirlo y conocerlo, y se prometía no perdonar medio para lograrlo.

La tarde era de lo más hermoso que se puede imaginar.

Los grandes árboles del parque tomaban los colores rojos de los últimos rayos del sol.

Dos gamos habían entrado en la plazoleta que se extendía delante del castillo, envalentonados sin duda por la gran seguridad de que gozaban en aquel inmenso recinto, donde nadie les molestaba ni intentaba nada contra sus vidas.

Algunas bandadas de patos silvestres iban á posarse en el gran estanque para pasar en él la noche, después de una excursión por el bosque ó por el llano.

Estaba en todo su encanto la serenidad de aquella hermosa naturaleza, ignorada por los parisienses, que por amor al oro ó por necesidad, se condenan ellos mismos á unos trabajos y á una reclusión que el rigor de las leyes no impone á los mayores criminales.

Magdalena trataba de recobrar en aquella serenidad de la tarde, su perdida tranquilidad. ¡Esfuerzos vanos!

Comprendía con desesperación que no lo lograría, cuando su futuro se presentó ante ella.

Estaba transformado.

El cazador se habia convertido en un joven de los más elegantes de nuestros salones.

Llevaba en el ojal de su irreprochable americana, una rosita blanca. Su corbata estaba anudada con arte exquisito.

Y señalando esta última prenda, no sin cierta vanidad juvenil, dijo á Magdalena:

—¿Adivinas quién ha hecho este nudo?

—Vos.

—No... acaban de darme una lección...

—¿Quién?

—Una muchacha joven y encantadora.

—¿Brígida?

—Sí, Brígida... Qué buen temperamento tiene esa muchacha.

—Teneis razón.

—Da gusto verla.

—El joven ofreció su brazo á la señorita de Arvil.

—¿Venís?—la suplicó.

Magdalena se levantó.

—No estais muy fuerte aun;—la dijo bajito—pero yo os sostendré... ¿No es este el papel de un buen marido?

Y con gran ternura y exhalando un suspiro añadió:

—¡Oh! ¡si os hubiera perdido! ¡Hubiéseis dejado en este mundo dos seres inconsolables, vuestra madre y yo!

Bajaron de la azotea y se internaron por las avenidas, ella apoyada en el brazo de su prometido y él estrechándolo de cuándo en cuándo contra su pecho.

Al principio no hablaron.

¡Acordaos vosotros cuántos habeis amado!

—¿Se necesita acaso levantar la voz para comprenderse?

Sus almas cantaban al unísono y una y otra parecían escucharse.

Roberto experimentaba una inmensa alegría tan solo con pensar:

—Es para mí. Me pertenecerá para siempre. Era tan feliz y estaba orgulloso.

Y habia porque serlo y estarlo, porque la joven estaba admirablemente seductora.

La pálidez, resultado de sus insomnios, la invencible tristeza que ella se esforzaba por hacer sonriente, y que sin embargo se obstinaba en entristecer, sus rasgos tan puros la hacían más atractiva y encantadora á la vez.

La casualidad les condujo cerca de la zanja que ella habia franqueado saltando con su caballo algunos dias antes, mejor dicho, el dia de su caída.

—¿No ois?...—preguntó la joven de repente á su amigo.

—¿El qué?

La joven señaló con la mano un grupo de grandes árboles situados al otro lado del foso en el bosque que rodea el parque.

El movió la cabeza diciendo:

—No, no oigo nada... habrá sido figuración vuestra...

—Sin embargo, me ha parecido...

El la apretó el brazo con mayor ternura y la dijo:

—La verdad, querida mía, es que os habéis vuelto tan impresionable como una sensitiva. Cualquier cosita os hace estremecer.

—¡Es cierto!

—¡Entonces para qué exponeros como lo habéis hecho tantas y tantas veces!... Por lo menos Capitán no será ahora el que os mate.

La condesa le había vendido al siguiente día del accidente á uno de los vecinos, muy amigo de las cacerías con galgos.

—¡Pobre animalito!—pensó la joven, como se suele pensar cuando se está solo, en alta voz.

—Sí, os aconsejo que os compadezcáis del animalucho—la dijo Roberto.—Sois tan buena que seríais capaz de perdonar á vuestros peores enemigos. ¡Alma tierna!

Entonces empezaron á decirse y hacerse una serie de protestas de amor y de promesas para el porvenir.

El no quería vivir más que para ella. Arreglarían su existencia del mejor modo, para estar aislados de la sociedad lo más que fuera posible. ¡Es tan poco agradable la sociedad! Se frecuentaría algunas veces; pero no muy amenudo ni por mucho tiempo.

Puesto que los dos tenían la suerte de haber nacido con buena estrella y de poder ser independientes, escogerían un retiro donde no recibirían más que á los seres queridos, á los in-

timos! Irían también á casa de algunos de ellos, del coronel de Brancurt, por ejemplo, corazón hermoso que adoraba ya á Magdalena antes de ser su sobrina, y que cuando lo fuera se volvería loco por ella.

Y á casa de sus dos madres, á las cuales idolatraban, que no vivirían más que para ellos y para sus nietecitos, porque era de esperar que vinieran.

Y más de uno, porque el que tiene uno es como si no tuviera ninguno.

¡Creían ya oírles hablar como pían los pajaritos en sus nidos!

¡Ah! No se separarían nunca de ellos. Los educarían al lado de ellos, no les perderían de vista. ¡Cuánto iban á adorar á aquellos pequeñísimos seres!

También ellos vendrían al mundo con buena estrella. Empezarían á dar á los muchachos buena educación y á enseñarles desde pequeños para que llegasen á ser buenos de mayores, tan buenos como el coronel de Brancurt, que habia dejado en el arma de Caballería una reputación de primer orden, y las muchachas serían de seguro tan buenas y tan hermosas como su madre...

Roberto llevó á sus labios la mano de su prometida, y murmuró:

—¡Tanto como á vos, Magdalena, caramba, va á ser muy difícil!

Ella le escuchaba sin atreverse á levantar los ojos.

Los tenía fijos en el suelo, y como el joven la suplicaba que le mirase, ella los levantó, y, en efecto, vió que los tenía húmedos y colorados.

—¿Estáis llorando? ¿Tengo yo la culpa acaso?

Ella se disculpó.

—¿Sabe uno acaso por qué siente ciertas emociones? ¿Qué casualidad hace vibrar las cuerdas sensibles de nuestra alma y de nuestro corazón?

¡Pues bien, sí, la joven lloraba! Tenía deseos constantes de derramar lágrimas desde hacía algún tiempo; no lo podía remediar.

La conmoción que había experimentado era demasiado violenta para que sus nervios pudiesen resistirla; no podía darse cuenta de lo que en ella pasaba.

Creía que en su alma todos sus afectos y cariños estaban rotos; pero esperaba que con el tiempo todo se curaría.

Al joven vizconde le chocaba mucho las maneras, el cambio sufrido por Magdalena, pero creía que era debido á la emoción, al cariño que por él sentía. Cuando la volviese también á ver en París, estaría más alegre.

La joven estuvo á punto de decirsele todo. Se sentía empujada por una fuerza irresistible á declararle la horrible escena del bosque, su desesperación, sus temores, el disgusto que tenía de la vida, que la trasformaba de tal modo, que, á pesar de sus esfuerzos, su malestar no podía ocultarse á nadie.

Pero como le veía tan feliz, tan cariñoso, tan confiado en el porvenir, no se atrevió á hacerlo, á darle un golpe semejante.

Temía herir aquel corazón que le pertenecía y que había puesto en ella todas sus esperanzas, todas sus alegrías.

Se rebeló contra lo que ella creía ser una

debilidad y se repitió con cólera lo que tantas veces se había dicho:

—¿No soy acaso inocente? ¿Tengo algo que reprocharme? ¡Nada! ¡Nada!

Se hallaban en aquel momento bajo un grupo de pinos y rodeados de plantas que exhalaban un olor agradables.

Empezaba ya á anochecer.

—¿Decís, Magdalena, que habéis cambiado mucho?—le preguntó el joven, mirándola con ternura.

—¡Oh! sí.

—¿Y eso qué importa si seguís amándome?

—¡De eso no os quepa la menor duda, Roberto!

—¡Pues bien, debírais suplicar á vuestra madre que abreviara nuestro suplicio! ¡Si supiéseis cuánto trabajo me cuesta marcharme, separarme de vos!... ¡Si vos quisiéseis!...

El pecho de la desgraciada joven parecía querer estallar.

El acento de aquel ruego la llegaba al alma.

Su corazón la impulsaba á escuchar á su amigo de la infancia á unirse á él para solicitar de la condesa, que no se hubiese resistido, á satisfacer el deseo de los dos jóvenes.

Ella no deseaba otra cosa, después de todo.

La dicha de su hija.

¿Podía acaso negarle nada?

Pero una voz secreta, el instinto del honor innato en la desgraciada, le advertía que iba á cometer una falta, que estaba aun muy próxima la protanación que la había mancillado, que debía esperar que pasase el tiempo, para que borrara aquel manchón, como lo borra todo con sus alas.

La joven contestó tratando de recobrar la alegría de otros tiempos:

—Valor... Unos pocos meses se pasan en seguida... además somos muy jóvenes y tendremos muchos años para vivir juntos, al menos yo así lo espero.

—Ah! ¡Magdalena, vos no me amais como yo os amo!—exclamó.—Me voy á marchar una vez más sin vos... Yo que había creído otra cosa...

La joven haciendo un esfuerzo sobrehumano dijo aparentando alegría:

—¡Cómo ha de ser, paciencia, amiguito, que no corre tanta prisa!

Le recordó que en Granges se hacía una vida muy buena, que el coronel quería que hubiese animación á su alrededor.

Le consoló de la necesidad que había de esperar, diciéndole:

—No os faltarán distracciones. Me escribiréis, y yo os contestaré, puesto que tengo permiso para hacerlo. Pensaréis en mí, y podéis estar seguro de que yo no os olvidaré ni un solo momento. ¿Es esto tan poco, Roberto? ¿No tiene mi madre demasiada razón, puesto que pretende que gocemos de los instantes más deliciosos de nuestra vida?

El joven hizo un gesto de resignación.

—¡Ah, qué cruel sois, pero hay que obedecer!

Cogidos del brazo se dirigieron hacia el castillo, cuya fachada veían desde hacía algunos instantes.

Iban á salir de debajo de los altos y corpulentos árboles para entrar en la explanada que se extendía delante del castillo y por de-

bajo de la terraza adornada con una balaustrada de piedra, delante del vestíbulo de entrada, cuando, en un arranque de deseo el joven se detuvo de repente, y cogiendo la cabeza de su prometida entre sus manos, la cubrió de besos.

Ella se dejaba acariciar emocionada por la pasión de aquel amor tan vivo, tan generoso, con el que acababa de distraerla durante el tiempo que había durado aquel paseo, cuando de repente la joven se separó bruscamente diciendo las mismas palabras que había pronunciado algunos momentos antes:

—¿No oís?

—¿El qué?

—¡Un ruido... ahí!

Y la joven señalaba un macizo de arbustos muy espeso en el cual era imposible distinguir nada.

Magdalena añadió arrimándose á él cuanto pudo:

—¡Tengo miedo!

—¿Qué teméis?

—¡Cualquiera diría que nos espían... que nos siguen!...

—¡Bah! ¿Á quién puede ocurrírsele semejante idea? Y además, ¿á nosotros qué nos importa? ¿No tenemos ante Dios y ante los hombres el derecho de amarnos? ¿No podemos decirnos cuanto se nos ocurra? ¡Calmaos, pues!

Y como si quisiera desafiar la curiosidad de aquel cuyos ojos se hubiesen atrevido á espiarles, cogió á la señorita de Arvil por el talle y la estrechó cariñosamente.

—Vámonos hacia casa—dijo,—ya soy feliz para el tiempo que esté separado de vuestro lado; he hecho buen acopio de felicidad.

Y señalando el lugar de donde había salido el ruido, añadió:

—¡Algún conejo que habrá pasado mucho más miedo que vos, Magdalena, ¡vamos!

La noche empezaba á extender sus negras alas.

Las luces del castillo brillaban en las crecientes tinieblas.

El vizconde de Bures se había equivocado.

No era ni conejo ni gamo el que acababa de producir aquel ruido que tanto había asustado á Magdalena.

La joven tenía razón.

Había quien les espía aquella noche.

Y era el hombre al que más temía, porque sabía que permanecía aún en el país.

Cuando los dos enamorados se estaban paseando, Jaime Fugeret, que se pasaba los días enteros dando mil vueltas por las cercanías del parque, tan solo con la esperanza de ver á su víctima, se había ocultado primeramente en un espino para poder verlos mejor.

Después, loco de celos, había escalado el murallón del recinto agarrándose á las piedras salientes.

Cuando hubo entrado en el parque se había ocultado en un macizo para poder coger algunas palabras, al paso que se resumían en un hecho que le desesperaba.

—Las dos jóvenes se amaban.

Pudo oír el ruego que el vizconde dirigió á la joven y la negativa que Magdalena le dió.

¿Comprendió la causa de aquella resistencia, el escrúpulo al cual obedecía la desgraciada joven?

Quizás.

Porque al volver á escalar de nuevo la tapia para entrar en el bosque y dirigirse á su cabaña, murmuró, pensando en la palidez y en el decaimiento de la señorita de Arvil.

—¡Casados!... ¡Aún no lo están!... ¡Ah, si la casualidad quisiera!...

Y al entrar en su casa lanzó un grito salvaje de alegría.

—¿Y por qué no?... ¡Esperemos!... ¡Veremos!

XIII

Frente á frente.

Ocho días después de la marcha del vizconde de Burés para las posesiones del coronel de Brancurt, Jaime Fugeret no habia aun abandonado su aldea y se dedicaba á meropear todas las tardes por las cercanías del parque de la Forge.

Lo demás del tiempo pasábalo encerrado en su miserable casa, como un lobo en su guarida.

¿A qué clase de reflexiones se entregaba?

Ya pueden imaginárselo.

El amor que Magdalena sentía por su futuro le era conocido desde hacia muchos años.

Gracias á las palabras que de su conversación en el parque habia podido oír, conservaba algunas dudas sobre la vitalidad de aquel amor, habia debido desvanecerse en parte.

¿Para que podia servirle su crimen?

En el corazón del hombre hay dos genios en lucha constante, el bueno y el malo.

El bueno le decia que no le quedaba más camino que desaparecer y espíar su crimen,